

gran piedra de jaspe. Para ese entonces, habremos de ser como Él es en términos de Su vida, naturaleza, semejanza, elemento y esencia, con miras a Su expresión.

Nos aguarda un gran futuro lleno de bendiciones espléndidas y deleite, y hoy Él es para nosotros el Espíritu apenas como un anticipo. Efesios 1:3 dice: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”. Como el Padre, Él nos bendice al escogernos y predestinarnos. Como el Hijo, Él nos bendice al redimirnos y hacer de nosotros Su herencia. Y como el Espíritu, Él nos bendice al sellarnos para tomar posesión completa de nosotros y al sernos dado en arras con el fin de que tengamos un anticipo de este futuro y de estas bendiciones. Incluso hoy, cuando tocamos al Espíritu, tenemos un anticipo del disfrute pleno de este gran futuro que nos espera y de todas estas bendiciones espléndidas. Por tanto, ¡estamos llenos de esperanza! Tal como se halla expresado en el coro de *Himnos*, #302: “¡Gloria, gloria, Cristo es vida en mí! / ¡Gloria, gloria, qué esperanza es Él! / Hoy es el misterio en mi espíritu, / Mas con gloria llenará mi ser”.

Quiera el Señor hacer que todos sigamos disfrutándole como el Espíritu maravilloso, para que lleguemos a ser los Dios-hombres, la especie de Dios, quienes llegan a ser Dios en vida y naturaleza —tal como Él es— por causa de Su expresión y para Su satisfacción.—D. T.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LAS EPÍSTOLAS DE JUAN

Nuestro espíritu nace de Dios con la simiente de Dios, a fin de que crezcamos con el crecimiento de Dios para el edificio de Dios (Mensaje 5)

Lectura bíblica: 1 Jn. 3:9; 5:4a, 18;
Mr. 4:26; 1 P. 1:23; Col. 2:19; 1 Co. 3:9

- I. El elemento intrínseco de toda la enseñanza en la economía eterna de Dios es que el Dios Triuno en la humanidad, el maravilloso Cristo como el Espíritu del glorificado Jesús, se ha sembrado en los escogidos de Dios como semilla de vida, como simiente de Dios, a fin de crecer en ellos, vivir en ellos, desarrollarse en ellos y ser expresado desde el interior de ellos como la labranza de Dios con miras a la edificación de la iglesia como la casa de Dios y el reino de Dios—Mr. 4:11-20, 26-29; Mt. 16:18; 1 Co. 3:9; 1 P. 1:23; cfr. Dt. 22:9.
- II. La regeneración significa que la semilla de la vida divina, la vida increada, eterna, e ilimitada con la naturaleza divina se ha sembrado en nuestro espíritu; por medio de la regeneración nuestro espíritu ha nacido de Dios y la simiente de Dios permanece allí—Mr. 4:26; 1 P. 1:23; 1 Jn. 3:9; 5:11-12; 2 P. 1:4:
 - A. “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”—Jn. 3:6:
 1. “La carne” es nuestro hombre natural, nuestro viejo hombre, nuestro hombre externo, que nació de nuestros padres que son carne; pero “el espíritu”, el espíritu regenerado, es nuestro hombre espiritual, nuestro nuevo hombre, nuestro hombre interior, que nació de Dios, quien es el Espíritu—2 Co. 4:16; Ef. 3:16.
 2. El Espíritu divino regenera nuestro espíritu humano con la vida divina de Dios, haciendo así que nuestro espíritu sea vida—Ro. 8:10.

3. La regeneración produce dentro de nosotros un espíritu recién nacido, un espíritu nuevo (Ez. 36:26), en donde el Espíritu divino de Dios mora y se mezcla para ser un solo espíritu con él (Ro. 8:16; 1 Co. 6:17).
- B. “Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo”—1 Jn. 5:4a:
1. La palabra *todo* se refiere especialmente a nuestro espíritu regenerado, nuestro espíritu de fe; nuestro espíritu regenerado vence al mundo, y nuestro espíritu regenerado con la simiente de Dios en él no practica el pecado—2 Co. 4:13; 1 Jn. 3:9.
 2. Nuestro espíritu regenerado nos guarda de vivir en pecado, y cuando estamos en nuestro espíritu regenerado, el maligno no nos toca—5:18; cfr. Sal. 91:1-2.
 3. Cuando estamos en nuestro espíritu, que es donde mora el Cristo pneumático, estamos en Cristo, Aquel en quien Satanás, el príncipe de este mundo nada tiene (no tiene base, no tiene oportunidad, no tiene esperanza ni ninguna posibilidad de nada)—2 Ti. 4:22; Jn. 14:30b; cfr. Fil. 4:13.
 4. El mundo entero yace en poder del maligno; la única excepción es nuestro espíritu regenerado—1 Jn. 5:19.
 5. En todo el universo sólo hay una cosa que no tiene las huellas de Satanás: nuestro espíritu regenerado; siempre y cuando permanezcamos en nuestro espíritu regenerado, seremos absolutamente guardados en el Dios Triuno que se imparte en nosotros, y Satanás no tendrá cabida en nosotros—cfr. Jn. 17:11, 15; Nm. 6:24.
- C. Hay un solo Dios verdadero, y este Dios está en nuestro espíritu; cualquier cosa que no esté en el espíritu o no proceda del espíritu es un ídolo, algo que está en contra de Cristo o que reemplaza a Cristo—1 Jn. 5:19-21:
1. Cualquier cosa que hagamos fuera del espíritu regenerado y que no exprese en nuestro vivir al Señor Espíritu es un ídolo; un ídolo es cualquier cosa dentro de nosotros que amamos más que al Señor y que reemplaza al Señor en nuestra vida—cfr. Ez. 14:3.
 2. Necesitamos huir para entrar a la presencia de Dios en nuestro espíritu a fin de ser guardados del maligno y para guardarnos de los ídolos; debemos huir a nuestro espíritu

- para tocar directamente a Dios y estar cara a cara con Él a fin de que Su simiente crezca en nosotros—He. 6:18-20; Éx. 33:11a, 14; 2 Co. 2:10.
- III. La semilla de la vida divina, la simiente de Dios, que ha sido sembrada en nosotros, necesita crecer en nosotros para que crezcamos con el crecimiento de Dios, con el aumento de Dios como vida, y seamos transformados en vida a fin de llegar a ser materiales preciosos para el edificio de Dios en vida—Col. 2:19; 1 Co. 3:6, 9, 12a:
- A. Según la Biblia, crecimiento equivale a edificación; esto sucede por el crecimiento de Cristo como la divina semilla de vida dentro de nosotros; la manera como crecemos está compuesta de cuatro puntos principales—Ef. 4:15-16:
1. Debemos amar al Señor; a fin de crecer, debemos ir al Señor y orar de forma decisiva e intencional para que nos conceda un amor por Él—1 Jn. 4:19; 2 Co. 5:14; Mt. 22:37; Jn. 14:23; 1 Co. 2:9.
 2. Debemos tratar con el Señor de forma cabal al confesar todos nuestros fracasos, carencias, debilidades, inmundicias y transgresiones a la luz de Su presencia, a fin de tener una conciencia buena y pura—1 Jn. 1:7, 9; 1 Ti. 1:5; 2 Ti. 1:3; Hch. 24:16.
 3. Debemos aprender cómo discernir nuestro espíritu y cómo ejercitar nuestro espíritu—He. 4:12; Ef. 3:16; 2 Ti. 1:6-7; Ro. 8:6.
 4. Siempre debemos estar en contacto con el Señor, permaneciendo en contacto con Él—1 Jn. 1:3.
- B. Después de que la simiente divina haya sido sembrada en nuestro espíritu, necesita crecer en el suelo de nuestro corazón, y este crecimiento necesita nuestra cooperación—Mt. 13:3-9, 19-23:
1. Para que Cristo crezca como la simiente de vida en nosotros, debemos tratar con el Señor diariamente, a fin de ser pobres en espíritu, es decir, vaciados en nuestro espíritu, reconociendo que no tenemos nada, no sabemos nada, no podemos hacer nada y no somos nada aparte de Cristo que es el Espíritu, el Cristo que es nuevo, actual y “ahora”—5:3.
 2. Para que Cristo crezca en nosotros como la simiente de vida, debemos tratar con el Señor diariamente a fin de ser

puros de corazón, guardando nuestro corazón con toda vigilancia; Dios desea que nuestro corazón sea tierno, puro, amoroso y que esté en paz, a fin de que Él pueda tener una vía libre para crecer en nosotros—v. 8; Pr. 4:23; Mt. 13:19-23.

3. Para que Cristo crezca en nosotros como la simiente de vida, debemos beber de la leche no adulterada y comer del alimento sólido de la Palabra de Dios—1 P. 2:2; He. 5:12-14.
4. Para que Cristo crezca en nosotros como la simiente de vida, es necesario que disfrutemos el regar del Espíritu dado por los miembros dotados del Cuerpo—1 Co. 3:6, 9.
5. Cuando Cristo como simiente de vida crezca en nosotros y haga Su hogar por completo en nuestros corazones, seremos llenos hasta toda la plenitud de Dios: el Cuerpo de Cristo que es la expresión corporativa del Dios Triuno—Ef. 3:17, 19b.

MENSAJE CINCO

NUESTRO ESPÍRITU NACE DE DIOS CON LA SIMIENTE DE DIOS, A FIN DE QUE CREZCAMOS CON EL CRECIMIENTO DE DIOS PARA EL EDIFICIO DE DIOS

Oración: Señor, nos abrimos a Ti nuevamente. Te damos todo nuestro ser. Oramos pidiéndote que nos hables en cuanto a la simiente divina. Te alabamos porque todos tenemos esta simiente. Esta simiente vive en nosotros, opera en nosotros y crece en nosotros para llevarnos al punto en que alcancemos la plena madurez en Cristo. Gracias, Señor, por la simiente divina. Ábrenos esta palabra.

Hace poco más de diez años, nuestro hermano Lee partió a la presencia del Señor. Este entrenamiento es la septuagésima vez que los santos nos hemos reunido de esta manera desde aquel tiempo. Antes de partir, el hermano Lee nos pidió que los santos siguiéramos celebrando siete reuniones cada año. Incluso dijo que éste era su legado para nosotros. Alabado sea el Señor porque hemos hecho esto durante diez años, y ahora estamos en la septuagésima de estas ocasiones desde la partida de nuestro hermano. Setenta es un buen número, pues se compone de siete veces diez. En la Biblia el número siete representa compleción en la operación de Dios. Por ejemplo, hay siete días en la semana, y la obra de creación fue acabada en siete días. En Apocalipsis hay siete iglesias, las cuales revelan la era de la iglesia en su totalidad. Además, en Apocalipsis se hallan siete sellos, siete trompetas y siete copas cuya finalidad es llevar la era de la iglesia a su pleno cumplimiento. Por lo tanto, el número siete se refiere a la compleción en la operación de Dios. Por otra parte, el número diez denota plenitud. En el Antiguo Testamento encontramos los Diez Mandamientos y en Mateo 25, las diez vírgenes. Por consiguiente, el número setenta significa que hemos pasado por un periodo completo de tiempo, por un mover completo en el recobro del Señor. Más aún, podemos testificar que estas setenta reuniones celebradas en los pasados diez años han traído una verdadera plenitud al recobro del Señor. Estas setenta reuniones representan algo que ha sido completado y han traído una gloriosa plenitud. Espero que en los próximos diez años

el Señor haga aún mucho más. Aquellos que conocen el recobro, las cosas del recobro y las iglesias locales, y que también han visto lo que el Señor ha hecho pueden testificar que a través de estas siete fiestas, de estas siete reuniones anuales, el Señor ha logrado avanzar un paso tras otro en Su recobro.

En el libro de 1 Juan encontramos siete misterios: el misterio de la vida eterna, el misterio de la comunión de la vida eterna, el misterio del nacimiento divino, el misterio de la simiente divina, el misterio de permanecer en el Señor, el misterio de la unción y el misterio relacionado con el agua, la sangre y el Espíritu. Estos son los siete misterios revelados en este libro, y en el último mensaje de este entrenamiento, veremos algo relacionado con estos siete misterios y el resultado de los mismos. Hasta ahora, el Señor nos ha introducido en los misterios de la vida eterna, la comunión de la vida eterna y el nacimiento divino. Por lo tanto, en este mensaje queremos ver el misterio de la simiente divina.

Los bosquejos de estos mensajes no solamente nos presentan los siete misterios uno por uno, sino que también lo hacen de tal manera que podemos profundizar en ellos y recibir la plenitud de estos misterios divinos. Debemos recordar que estos siete misterios no tienen que ver con cosas materiales; es decir, no son cosas que podemos tocar con nuestras manos o percibir con nuestros sentimientos. No son cosas del ámbito físico ni psicológico; antes bien, son asuntos místicos. Estos siete misterios son místicos, pues se hallan en la esfera divina y mística. Por consiguiente, la única manera de poder profundizar en ellos no es con el ejercicio de nuestra mente, de nuestra voluntad o de nuestra parte emotiva, todo lo cual pertenece al ámbito de lo físico, sino con el ejercicio de nuestro espíritu, con lo cual somos conducidos a la esfera divina y mística. Es en esta esfera que todos los misterios divinos pueden hacerse reales para nosotros. Es maravilloso que el Señor esté abriéndonos estos misterios de esta manera.

El título de este mensaje es: “Nuestro espíritu nace de Dios con la simiente de Dios, a fin de que crezcamos con el crecimiento de Dios para el edificio de Dios”. Nuestro espíritu ha nacido de Dios en virtud de la simiente de Dios. Esta simiente de Dios es sencillamente el Señor Jesucristo. Él es la mismísima simiente divina que ha sido sembrada en nuestro ser, y el propósito por el cual ha sido sembrada en nuestro ser es que crezcamos con el crecimiento de Dios. Además, a medida que Dios crece en nosotros y a medida que nosotros crecemos con el crecimiento de Dios, debemos comprender que este crecimiento se produce

para el beneficio del edificio de Dios. En esto consiste la economía divina de Dios.

EL ELEMENTO INTRÍNSECO DE TODA LA ENSEÑANZA EN LA ECONOMÍA ETERNA DE DIOS ES QUE EL DIOS TRIUNO EN LA HUMANIDAD, EL MARAVILLOSO CRISTO COMO ESPÍRITU DEL GLORIFICADO JESÚS, SE HA SEMBRADO EN LOS ESCOGIDOS DE DIOS COMO SEMILLA DE VIDA, COMO SIMIENTE DE DIOS, A FIN DE CRECER EN ELLOS, VIVIR EN ELLOS, DESARROLLARSE EN ELLOS Y SER EXPRESADO DESDE EL INTERIOR DE ELLOS COMO LA LABRANZA DE DIOS CON MIRAS A LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA COMO LA CASA DE DIOS Y EL REINO DE DIOS

El elemento intrínseco de toda la enseñanza en la economía eterna de Dios es que el Dios Triuno en la humanidad, el maravilloso Cristo como el Espíritu del glorificado Jesús, se ha sembrado en los escogidos de Dios como semilla de vida, como simiente de Dios, a fin de crecer en ellos, vivir en ellos, desarrollarse en ellos y ser expresado desde el interior de ellos como la labranza de Dios con miras a la edificación de la iglesia como la casa de Dios y el reino de Dios (Mr. 4:11-20, 26-29; Mt. 16:18; 1 Co. 3:9; 1 P. 1:23; cfr. Dt. 22:9). En Mateo 13 y Marcos 4 vemos que el Sembrador sembró la semilla. El Sembrador es Cristo, y la simiente es Cristo. Cristo como simiente ha sido sembrado en todos nosotros, y Él es una persona muy maravillosa. Él es el Dios Triuno vestido de humanidad, y también es el maravilloso Cristo como Espíritu del Jesús glorificado. Como Espíritu vivificante, este Cristo se ha sembrado en los que hemos creído en Él y le hemos recibido. El día en que invocamos el nombre del Señor, Él entró en nosotros como tal simiente de vida. Hoy en día, Él no está en nosotros de una manera pasiva e inactiva, sino que más bien, está creciendo en nosotros. La semilla que está en nosotros está creciendo, y a medida que Él crece, nosotros crecemos con el crecimiento de Dios. El crecimiento de Dios es sencillamente el incremento de Dios. Dios en Sí no puede crecer; en Sí mismo es completo y perfecto. No obstante, nosotros sí podemos crecer con Dios y permitir que Él se aumente en nosotros. El crecimiento de Dios es sencillamente el incremento de Dios en nosotros. A medida que Él crece en nosotros, Él vive en nosotros, se desarrolla en nosotros y se expresa desde nuestro interior. Así pues, somos la labranza de Dios, el huerto de Dios. Somos el suelo, la tierra, en la cual

la simiente ha sido sembrada. Esta labranza de Dios tiene como fin la edificación de la iglesia, la cual es la casa de Dios, la morada de Dios y el reino de Dios, cuya finalidad es que Dios sea expresado y que rijan y ejerza Su autoridad.

**LA REGENERACIÓN SIGNIFICA
QUE LA SEMILLA DE LA VIDA DIVINA, LA VIDA INCREADA,
ETERNA, E ILIMITADA CON LA NATURALEZA DIVINA
SE HA SEMBRADO EN NUESTRO ESPÍRITU;
POR MEDIO DE LA REGENERACIÓN NUESTRO ESPÍRITU
HA NACIDO DE DIOS
Y LA SIMIENTE DE DIOS PERMANECE ALLÍ**

La regeneración significa que la semilla de la vida divina, la vida increada, eterna, e ilimitada con la naturaleza divina se ha sembrado en nuestro espíritu; por medio de la regeneración nuestro espíritu ha nacido de Dios y la simiente de Dios permanece allí (Mr. 4:26; 1 P. 1:23; 1 Jn. 3:9; 5:11-12; 2 P. 1:4). Antes de que recibiéramos al Señor y fuéramos salvos, estábamos muertos en nuestros pecados (Ef. 2:1). Sin embargo, tan pronto como invocamos el nombre del Señor, Él entró en nosotros.

Por causa de los hermanos nuevos entre nosotros, incluso por causa de los que ya llevan un poco más tiempo en el recobro del Señor, debemos compartir algo concerniente a las partes de nuestro ser. El hombre es un ser que se compone de tres partes. Un perro únicamente se compone de dos partes: cuerpo y alma. Si usted se acerca a un perro, éste puede saltar sobre usted o mover la cola, con lo cual muestra que se alegra de verlo. También puede ladrar y ejercitar su alma de manera agresiva, e incluso puede usar su cuerpo para atacarlo. Un perro puede también pensar, tomar decisiones y actuar. Así pues, resulta muy obvio que un perro se compone de dos partes: un alma —que consta de una mente, una parte emotiva y una voluntad— y un cuerpo. Sin embargo, un perro no posee un espíritu. Nunca ha sucedido que un perro erija un santuario para adorar a Dios. Ningún animal posee algo en su interior que despierte en él el deseo de adorar a Dios. Esto se debe a que los animales no poseen espíritu. Sin embargo, el hombre posee tal cosa, tal parte constitutiva que se llama espíritu humano. Quiera el Señor en este entrenamiento llevarnos a tener pleno contacto con el Señor Jesús quien ha sido añadido a nuestro espíritu y se ha unido a él. Espero que podamos entrar en el espíritu y podamos contactar a Dios, experimentar y conocerle mediante este órgano maravilloso.

Nuestro ser se compone de tres partes: tenemos un cuerpo, que es la parte externa; tenemos un espíritu, que es la parte más profunda; y también tenemos un alma, que consta de mente, parte emotiva y voluntad. Mientras escuchamos un mensaje, ejercitamos nuestra mente para entender, ejercitamos nuestra voluntad para prestar atención y somos conmovidos en nuestra parte emotiva. Ésta es nuestra alma en acción. Tenemos un alma con estas características y también tenemos un cuerpo externamente y un espíritu internamente.

El problema es que nuestra condición no es la que tenía el hombre antes de la caída, sino la que existió después de la caída. Al describir la condición del hombre antes de la caída, Génesis 2:7 dice: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente”. Proverbios 20:27 dice: “Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, / la cual escudriña lo más profundo del corazón”. La palabra hebrea traducida “espíritu” en Proverbios 20:27 es la misma que se tradujo “aliento” en Génesis 2:7. Por consiguiente, al crear al hombre, Dios formó el cuerpo del hombre del polvo de la tierra y luego sopló en este hombre, con lo cual creó el espíritu del hombre. El resultado de esta combinación del espíritu humano y el cuerpo humano fue el alma del hombre. ¿Por qué el hombre es la única criatura que posee un espíritu? Porque la economía eterna de Dios únicamente tiene que ver con el hombre. No tiene que ver con los animales, las aves ni ninguna otra cosa sino con el hombre. Es menester que el hombre contacte al Dios viviente, y lo hace mediante el ejercicio de su espíritu.

El aliento de Dios que fue infundido en el hombre y que produjo el espíritu del hombre no era Dios mismo, sino algo muy cercano a Dios, algo que procedía de Dios. Por lo tanto, antes de que abriéramos nuestro ser al Señor y le recibiéramos, teníamos una parte de nuestro ser que era muy cercana a Dios. Sin embargo, cuando el hombre cayó, el cuerpo del hombre se transmutó y vino a ser carne, y el alma del hombre, creada con el propósito de que el hombre amara, recibiera y disfrutara a Dios, fue transmutada y se convirtió en el yo. Hoy en día, nuestra alma no es otra cosa que el yo. En las pasadas veinticuatro horas, ¿cuánto tiempo hemos estado en la carne o sólo en el alma, en lugar de estar en el espíritu? Aparte de nuestro espíritu, todo nuestro ser es ajeno a Dios y ha sido transmutado en algo corrupto y caído. En la caída el espíritu del hombre no fue transmutado, pero sí cayó en una condición de muerte. En otras palabras, se tornó inactivo. El espíritu

del hombre no podía tener contacto con Dios, porque cuando Adán cayó, entró en una condición de muerte. Por ser descendientes de Adán, todos hemos heredado esta misma condición.

Sin embargo, hoy en día, este espíritu, que está en nosotros, ha sido regenerado. Después de Su resurrección, el Señor Jesús visitó a Sus discípulos y les dijo: “Paz a vosotros”, y luego “sopló en ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (Jn. 20:21-22). Los discípulos tenían un espíritu, un órgano receptor, con el cual podían recibir a Dios. En contraste, el Espíritu en el Antiguo Testamento nunca entró en el espíritu humano para morar en el hombre. El Espíritu Santo que se menciona en el Nuevo Testamento y el espíritu humano están estrechamente relacionados; debido a ello y a la obra redentora de Cristo, Dios puede entrar en el espíritu humano.

Cuando recibimos al Señor, y Dios como Espíritu entra en nuestro espíritu, éste es avivado. Antes de que fuésemos salvos, estábamos muertos espiritualmente, pero todos podemos testificar que cuando creímos en Cristo y lo recibimos, fuimos avivados espiritualmente. Muchos hermanos y hermanas pueden dar testimonio de cómo vinieron a ser personas diferentes cuando recibieron al Señor. Llegaron a ser personas vivas y vivientes.

Antes de la noche del día de la resurrección del Señor, ningún hombre jamás había recibido a Dios en su espíritu. No obstante, ésta era la intención y propósito original de Dios. Dios quería entrar en el hombre. Sin embargo, debido a que el hombre había caído y la redención no había sido aún efectuada mediante el derramamiento de sangre, a Dios le era imposible tener contacto con el hombre y unirse a él. Aunque Dios era Espíritu y el hombre tenía un espíritu que era compatible con Dios, el espíritu del hombre estaba muerto y era incapaz de responder a Dios. Estaba inactivo y no podía tener contacto con Dios. Era totalmente inútil en lo que se refiere al reino de Dios. Pero cuando el Señor Jesús resucitó, Dios debe haberse sentido muy contento. El Señor Jesús resucitó como Espíritu vivificante, apareció a Sus discípulos con un cuerpo espiritual, y les dijo: “Paz a vosotros”. La primera vez que el Señor se apareció a los discípulos, ellos deben de haberse sorprendido mucho; fue por eso que el Señor les dijo: “Paz a vosotros”. Él se apareció a los discípulos, quienes sin duda deben de haber estado asustados y preguntándose: “¿Qué es esto?”, y les dijo: “Paz a vosotros”. Estas palabras del Señor deben de haber calmado a los discípulos. El Señor hizo lo que había querido hacer con Adán cuatro

mil años antes. Por supuesto, para aquel entonces, Adán se había apartado de Dios y lo había reemplazado con otras cosas. Sin embargo, en la noche del día de la resurrección, el Señor Jesús como Espíritu vivificante se infundió con Su sople como Espíritu en los discípulos, y ellos recibieron al Señor. Ésta fue la primera vez que Dios logró morar en el hombre a tal grado. Debe de haber sido muy maravilloso estar en ese aposento esa noche. Éstas fueron muy buenas nuevas para los discípulos. Hasta ese momento, el Señor Jesús había estado fuera de ellos, pero ya entró como Espíritu en ellos para ser el todo para ellos. Sus espíritus se mezclaron con Dios. De la misma manera, Dios se ha mezclado con nuestros espíritus. Ahora Dios está contento, y nosotros también. Dios ha entrado en nosotros y este Dios que ha entrado en nosotros es la simiente de vida.

Zacarías 12:1 dice: “Jehová, que extiende los cielos, funda la tierra y forma el espíritu del hombre dentro de él”. Esto indica que tres cosas muy importantes han sucedido en el universo. Primero, los cielos fueron extendidos; luego, la tierra llegó a existir; y por último, algo muy importante sucedió: Dios formó el espíritu del hombre dentro de él. Esto fue algo de gran trascendencia. El hombre fue creado con un espíritu humano, y todos los que nacieron después también tenían un espíritu humano. Job 32:8 dice: “Ciertamente espíritu hay en el hombre”. Es posible que los filósofos no acepten esta afirmación, pero nosotros sí la creemos y hemos experimentado el contacto que disfruta nuestro espíritu cuando toca a Dios. Ciertamente hay espíritu en el hombre.

Por lo general, las últimas palabras de una persona son las más impactantes, las más ricas y las más significativas que haya hablado. El último versículo que Pablo escribió fue 2 Timoteo 4:22, donde dice: “El Señor esté con tu espíritu. La gracia sea con vosotros”. Este versículo fue deliberadamente incluido en la Biblia para que dejara en nosotros una profunda impresión de cuán crucial es nuestro espíritu y para ver que el propio Señor Jesús está con nuestro espíritu. Ésta es la economía de Dios, y éstas fueron las últimas palabras de Pablo.

En 1 Pedro 1:23 se nos dice: “Habiendo sido regenerados, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios, la cual vive y permanece para siempre”. Luego, 1 Juan 3:9 dice: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios”. Deuteronomio 22:9 dice: “No sembrarás tu viña con semilla de dos clases [heb.], no sea que se pierda todo, tanto la semilla que sembraste

como el fruto de la viña”. La nota sobre este versículo dice: “Es posible que la prohibición de sembrar dos clases de semilla en la viña de uno tipifique la prohibición de enseñar cosas diferentes en la iglesia [...] La iglesia es la viña de Dios [...] y en esta viña únicamente debe sembrarse una sola clase de semilla, una sola clase de enseñanza [...] Si enseñamos cosas diferentes y así sembramos más de una sola clase de semilla, el “fruto” en la iglesia se perderá”. Ésta es la batalla que se está librando entre los creyentes; todos quieren enseñar cosas diferentes. Algunos en el recobro del Señor hoy en día están luchando por su “derecho” a enseñar cosas diferentes, a poder decir lo que se les antoja. Ellos incluso se oponen a lo que el hermano Lee ha hablado. Dichas personas están rechazando precisamente lo que el Señor desea darles. Debemos tener una sola enseñanza. Tener más de una sola enseñanza en el ministerio del Señor hace que se siembren “semilla de dos clases” en nuestra “viña”. No debemos permitir dos clases de semillas en nuestra viña, porque al crecer ellas producirán división.

**“Lo que es nacido de la carne, carne es;
y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”**

Juan 3:6 dice: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. La naturaleza de la carne es nacida de carne humana; la naturaleza del espíritu es nacida del Espíritu divino. Por lo tanto, lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.

*“La carne” es nuestro hombre natural, nuestro viejo hombre,
nuestro hombre externo, que nació de nuestros padres
que son carne; pero “el espíritu”, el espíritu regenerado,
es nuestro hombre espiritual, nuestro nuevo hombre,
nuestro hombre interior, que nació de Dios, quien es el Espíritu*

“La carne” es nuestro hombre natural, nuestro viejo hombre, nuestro hombre externo, que nació de nuestros padres que son carne; pero “el espíritu”, el espíritu regenerado, es nuestro hombre espiritual, nuestro nuevo hombre, nuestro hombre interior, que nació de Dios, quien es el Espíritu (2 Co. 4:16; Ef. 3:16). La estructura de este punto es paralela. La carne es nuestro hombre natural, nuestro viejo hombre, mientras que el espíritu, nuestro espíritu regenerado, es nuestro hombre espiritual, nuestro nuevo hombre. La carne es nacida de nuestros padres, quienes son carne, pero el espíritu, nuestro nuevo hombre, nuestro

hombre interior, es nacido de Dios, quien es Espíritu. La carne y el espíritu, incluyendo la manera en que ambos nacen, son dos esferas opuestas. En la regeneración lo que importa no es el viejo hombre, el hombre exterior, el hombre natural, sino nuestro espíritu, el cual es nuestro hombre espiritual, nuestro nuevo hombre, nuestro hombre interior. La regeneración no consiste en volver a nacer de nuestros padres. Si de alguna manera pudiésemos nacer de nuevo de nuestros padres, aún seríamos carne. La razón por la cual somos carne y tenemos la carne es que nacimos de nuestros padres. Es por ello que somos carne. La carne es nacida de la carne, mientras que el espíritu es nacido del Espíritu.

*El Espíritu divino regenera nuestro espíritu humano
con la vida divina de Dios,
haciendo así que nuestro espíritu sea vida*

El Espíritu divino regenera nuestro espíritu humano con la vida divina de Dios, haciendo así que nuestro espíritu sea vida (Ro. 8:10). Nuestro espíritu estaba muerto, pero Dios entró en nuestro espíritu, e hizo que éste fuera hecho vida.

*La regeneración produce dentro de nosotros
un espíritu recién nacido, un espíritu nuevo, en donde
el Espíritu divino de Dios mora y se mezcla
para ser un solo espíritu con él*

La regeneración produce dentro de nosotros un espíritu recién nacido, un espíritu nuevo (Ez. 36:26), en donde el Espíritu divino de Dios mora y se mezcla para ser un solo espíritu con él (Ro. 8:16; 1 Co. 6:17). En Ezequiel 36:26 Dios nos prometió darnos un nuevo espíritu en el cual morara Dios y el cual estuviera mezclado con Dios como un solo espíritu mezclado. Romanos 8:16 dice: “El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”. Por muchos años, aun después de que entré en la vida de iglesia, mi entendimiento de este versículo era que el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu, es decir, que el Espíritu habla a nuestro espíritu y le da testimonio de ese hecho. Pensaba que este versículo muestra que había dos espíritus, y esto era lo que decía a otros. Sin embargo, lo que este versículo en realidad está diciendo es que el Espíritu mismo da testimonio *juntamente con* nuestro espíritu. En otras palabras, nuestro espíritu y el Espíritu se han unido y ahora juntos dan testimonio de que somos hijos de Dios. Nuestro espíritu ha sido mezclado con este

maravilloso Espíritu. En 1 Corintios 6:17 se nos dice: “El que se une al Señor, es un solo espíritu con Él”. Nuestro espíritu es un espíritu mezclado. Cuando fuimos regenerados, nuestro espíritu fue hecho vida, y nosotros recibimos a Dios en nuestro espíritu.

El hombre posee un cuerpo, un alma y un espíritu, y el espíritu en sí posee tres partes o funciones. La primera función de nuestro espíritu es la conciencia. Ésta es la parte más activa del espíritu y la que más conocemos. Nuestra conciencia estaba activa aun antes de que fuésemos salvos. Las otras dos partes o funciones del espíritu son la comunión y la intuición. La comunión nos permite relacionarnos con Dios, y por la intuición conocemos las cosas del Señor no por medio de nuestra mente, sino directamente de Dios. Por lo tanto, nuestro espíritu es un órgano único. Hemos renacido en este espíritu, y este espíritu que está en nosotros ha sido engendrado por Dios, ha nacido de Dios. Esto es glorioso.

“Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo”

*La palabra todo se refiere especialmente a
nuestro espíritu regenerado, nuestro espíritu de fe;
nuestro espíritu regenerado vence al mundo,
y nuestro espíritu regenerado con la simiente de Dios
en él no practica el pecado*

“Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo” (1 Jn. 5:4a). La palabra *todo* se refiere especialmente a nuestro espíritu regenerado, nuestro espíritu de fe; nuestro espíritu regenerado vence al mundo, y nuestro espíritu regenerado con la simiente de Dios en él no practica el pecado (2 Co. 4:13; 1 Jn. 3:9). En 2 Corintios 4:13 se nos dice: “Teniendo el mismo espíritu de fe conforme a lo que está escrito: ‘Creí, por lo cual hablé’, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos”. Éste es nuestro espíritu de fe, al cual se refiere la palabra *todo* mencionada en 1 Juan 5:4a. Nuestro espíritu regenerado es el que vence al mundo, y también es nuestro espíritu regenerado, en el cual está la simiente de Dios, el que no practica el pecado. Por siglos la gente ha discutido entre sí con respecto a si la segunda palabra en 1 Juan 5:4 debiera traducirse *todo* o *todos*. La nota 1 de este versículo dice que la palabra *todo* se refiere a “todo aquel que ha nacido de Dios. Sin embargo, esta expresión debe de referirse especialmente a aquella parte que ha sido regenerada con la vida divina, es decir, al espíritu de la

persona regenerada (Jn. 3:6)”. Así que, *todo lo que* es nacido de Dios vence al mundo.

En 1 Juan 3:9 leemos: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios”. La primera parte de este versículo fue traducido en la versión *King James* usando las palabras: *Todo aquel que ha nacido de Dios no peca*. Por muchos años este versículo me tuvo confundido. Yo sabía que a pesar de que soy cristiano, a menudo pecaba; por esto, este versículo me hizo preguntarme: “¿He nacido de Dios o no?”. Para encontrar la respuesta correcta a esta pregunta, debemos examinar varios versículos. En 1 Juan 1 se menciona la palabra *pecado* o *pecados* repetidas veces. En el versículo 7 dice: “Si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado”. La palabra *pecado* en este versículo no se refiere al pecado presente en nuestra naturaleza, sino a los pecados que cometemos, es decir, a nuestras acciones pecaminosas. Así que, este versículo, que fue escrito para los creyentes, indica que es posible que un creyente cometa pecados. El versículo 9 dice: “Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda injusticia”. Una vez más, el apóstol Juan claramente nos muestra que los creyentes pueden pecar y, de hecho, pecan. Esto también se ve muy claramente en 2:1-2, que dice: “Si alguno peca, tenemos ante el Padre un Abogado, a Jesucristo el Justo. Y Él mismo es la propiciación por nuestros pecados”.

Cuando comparé estos versículos con 1 Juan 3:9, un versículo que parecía indicar, según la versión *King James*, que todo el que es nacido de Dios no peca, no podía entender. Más aún, no entendía por qué la versión *King James*, en 1 Juan 5:4a, decía que *todo lo que* ha sido engendrado por Dios vence al mundo, cuando otras versiones decían *todos*. No podía entender estos versículos porque en aquel entonces no tenía la Versión Recobro. Sin embargo, hoy en día, con la ayuda de la Versión Recobro, podemos entenderlos.

La palabra correctamente traducida “todo lo que” en 1 Juan 5:4a, indica que hay una parte de nuestro ser que no peca. Es por esta razón que en este versículo se usa la expresión “todo lo que”, pues se refiere a nuestro espíritu humano. “Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo”. ¿Qué es lo que ha nacido de Dios? Nuestro espíritu. Esto es lo que ha nacido de Dios y, debido a que nuestro espíritu ha nacido de Dios, no pecamos en nuestro espíritu. Sin embargo, como hemos

visto en 1 Juan 1:7 y 9 y en 2:1-2, es posible que todavía pequemos. ¿Cómo entonces podemos conciliar esto con lo que dice en la versión *King James* en 1 Juan 3:9, que dice que todo aquel (o todos) que es nacido de Dios no peca? En la Versión Recobro este versículo dice: “Todo aquel que es nacido de Dios, no *practica* el pecado”. Esto no significa que los creyentes no pequen. De hecho, pecamos, pero cuando pecamos, tenemos ante el Padre un Abogado, a Jesucristo el Justo (2:1). Él está constantemente defendiendo nuestro caso delante del Padre. No debemos pensar que por ser creyentes no pecaremos. Todos pecaremos y, de hecho, todos pecamos. Sin embargo, la sangre de Jesús, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado (1:7). Por supuesto, jamás debemos perder nuestra comunión con el Señor, pero, cuando pecamos y nuestra comunión con el Señor se ve interrumpida, tenemos ante el Padre un Abogado, y tenemos la sangre de Jesús. Gracias a esto, podemos de inmediato ser restaurados a la comunión. Es por eso que podemos decir que todos los que han nacido de Dios no practican el pecado. Aunque es posible que pequemos, nosotros no practicamos el pecado.

La nota 4 de 1 Juan 3:9 dice: “Un creyente regenerado puede caer ocasionalmente en el pecado, pero la vida divina como la simiente divina en su naturaleza regenerada no le permitirá vivir en el pecado. Esto es similar a una oveja: es posible que caiga en el lodo, pero su vida limpia no le permitirá permanecer y revolcarse allí, como lo haría un cerdo”. Un creyente no practica el pecado porque la simiente de Dios permanece en él, y no puede pecar porque es nacido de Dios. Una vez más, esto no se refiere a toda nuestra persona sino a nuestro espíritu. Nuestro espíritu, el cual está dentro de nosotros, no puede pecar. No nos debe perturbar lo que dicen estos versículos. Estos versículos pueden despertar dudas en nuestra mente, pero debemos comprender que lo que se revela en ellos es sencillamente que todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Esto no significa simplemente que toda persona vence al mundo, sino que todo lo que es nacido de Dios, a saber, nuestro espíritu, vence al mundo. Más aún, en nuestro espíritu no pecamos.

*Nuestro espíritu regenerado nos guarda de vivir en pecado,
y cuando estamos en nuestro espíritu regenerado,
el maligno no nos toca*

Nuestro espíritu regenerado nos guarda de vivir en pecado, y cuando estamos en nuestro espíritu regenerado, el maligno no nos toca

(5:18; cfr. Sal. 91:1-2). En 1 Juan 5:18 se nos dice: “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues el que es nacido de Dios se guarda a sí mismo, y el maligno no le toca”. La expresión “el maligno” se refiere a alguien que es maligno de manera perniciosa y dañina, a alguien que afecta a otros, influyendo en ellos para hacerlos malignos y crueles. El diablo es esta persona maligna, quien continuamente intenta tocarnos para hacernos daño. Sin embargo, Dios estableció un límite alrededor de nuestro espíritu. Nuestro espíritu ha sido regenerado, y el maligno, quien es tan pernicioso y diabólico no puede tocarnos en nuestro espíritu. Si disfrutamos al Señor en nuestro espíritu, nosotros comprobaremos en nuestra experiencia que el maligno no puede tocarnos. Pero si vivimos fuera de Dios, en el mundo o en la carne, el enemigo vendrá a nosotros muchas veces y nos tocará para hacernos daño. Sin embargo, él jamás puede tocar nuestro espíritu regenerado, pues Dios se ha reservado nuestro espíritu para Sí mismo.

*Cuando estamos en nuestro espíritu,
que es donde mora el Cristo pneumático,
estamos en Cristo, Aquel en quien Satanás,
el príncipe de este mundo nada tiene,
es decir, no tiene base, no tiene oportunidad,
no tiene esperanza ni ninguna posibilidad de nada*

Cuando estamos en nuestro espíritu, que es donde mora el Cristo pneumático, estamos en Cristo, Aquel en quien Satanás, el príncipe de este mundo nada tiene (no tiene base, no tiene oportunidad, no tiene esperanza ni ninguna posibilidad de nada) (2 Ti. 4:22; Jn. 14:30b; cfr. Fil. 4:13). En 2 Timoteo 4:22 leemos: “El Señor esté con tu espíritu”. En 1 Juan 4:4 dice: “Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo”. Nuestro Dios pelea por nosotros, y cuando estamos en nuestro espíritu, no hay manera de que el enemigo pueda tocarnos. Cuando estamos en nuestro espíritu, el enemigo no tiene entrada en nuestro espíritu ni en nuestra mente, parte emotiva y voluntad; no puede hacer que escojamos otras cosas. Sin embargo, cuando no estamos en nuestro espíritu, el enemigo es capaz de hacer muchas cosas; no obstante, jamás puede tocar nuestro espíritu regenerado.

*El mundo entero yace en poder del maligno;
la única excepción es nuestro espíritu regenerado*

El mundo entero yace en poder del maligno y la única excepción es

nuestro espíritu regenerado (1 Jn. 5:19). El versículo 19 dice que todo el mundo está en el poder del maligno. Podemos comparar esto a cuando una persona va a someterse a una operación. La persona está acostada sobre la mesa de operaciones y permanece allí mientras recibe la anestesia. Entonces, el cirujano, quien estaría representando a Satanás, viene y practica muchas cosas en la persona. Es de esta manera que el mundo entero está en el maligno. El mundo entero es como una persona que yace inconsciente en la mesa de operaciones, y Satanás como el cirujano se encuentra allí operando conforme a su deseo. El mundo entero yace pasivamente en el maligno, totalmente incapaz de moverse. La única excepción a esto es nuestro espíritu regenerado, el cual no puede ser tocado por el maligno. Él no puede atacarnos ni hacernos nada cuando estamos en nuestro espíritu.

En todo el universo sólo hay una cosa que no tiene las huellas de Satanás: nuestro espíritu regenerado; siempre y cuando permanezcamos en nuestro espíritu regenerado, seremos absolutamente guardados en el Dios Triuno que se imparte en nosotros, y Satanás no tendrá cabida en nosotros

En todo el universo sólo hay una cosa que no tiene las huellas de Satanás: nuestro espíritu regenerado; siempre y cuando permanezcamos en nuestro espíritu regenerado, seremos absolutamente guardados en el Dios Triuno que se imparte en nosotros, y Satanás no tendrá cabida en nosotros (cfr. Jn. 17:11, 15; Nm. 6:24). Que todos permanezcamos en nuestro espíritu y disfrutemos al Dios Triuno compartiéndose en nosotros todo el tiempo. Cuando estamos disfrutando de esta participación, Satanás no puede tocarnos, es decir, no puede invadir nuestro ser, dañarnos ni desanimarnos, debido a que estamos en nuestro espíritu. Esto es algo que todos nosotros, especialmente los jóvenes, debemos aprender desde el comienzo, desde el inicio de nuestra salvación. Debemos luchar por tener una manera de pensar que sea buena, fuerte y operante, así como emociones que sean buenas y maravillosas con las cuales amamos muchas cosas, y una voluntad que sea siempre dócil y útil en las manos de Dios. Pero no pensemos que estas cosas pueden lograrse cultivando del alma. Es solamente cuando Dios se imparte en nosotros que podemos disfrutar de todos los beneficios del Espíritu. Siempre y cuando permanezcamos en nuestro espíritu regenerado, seremos absolutamente guardados en el Dios Triuno que se imparte a nosotros, y Satanás no podrá tocarnos.

Hay un solo Dios verdadero, y este Dios está en nuestro espíritu; cualquier cosa que no esté en el espíritu o no proceda del espíritu es un ídolo, algo que está en contra de Cristo o que reemplaza a Cristo

Hay un solo Dios verdadero, y este Dios está en nuestro espíritu; cualquier cosa que no esté en el espíritu o no proceda del espíritu es un ídolo, algo que está en contra de Cristo o que reemplaza a Cristo (1 Jn. 5:19-21). Cualquier cosa que no esté en el espíritu o no proceda del espíritu es un ídolo. Un ídolo es algo que está en contra de Dios o que reemplaza a Dios. En 1 Juan 5:19-21 se nos dice: “Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está en el maligno. Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer a Aquel que es verdadero; y estamos en el verdadero, en Su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios, y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos”. En el versículo 19 dice que somos “de Dios”. Conforme a la nota, la palabra *de* aquí mencionada, significa literalmente *procedentes de*. Puesto que nacimos de Dios, hemos procedido de Él y, por ende, poseemos Su vida y participamos de Su naturaleza. De este modo, hemos sido apartados para Dios y separados del mundo satánico, el cual yace en el maligno. Ésta es la condición en que nos encontramos en la esfera divina. Nosotros procedemos de Dios, y el mundo entero yace en el maligno, es decir, permanece pasivamente en la esfera de influencia del maligno y bajo su usurpación, control y manipulación. Que el Señor nos salve de permanecer pasivamente en tal condición. La palabra griega traducida “verdadero” en el versículo 20 significa genuino y real, en contraste con falso e imitación. Él es el Verdadero, Aquel que es real, y estamos en Aquel que es verdadero.

No solamente conocemos al Dios verdadero, sino que también estamos en Él. El versículo 20 dice: “Para conocer a Aquel que es verdadero; y estamos en el verdadero”. No solamente tenemos un conocimiento acerca de Él, sino que tenemos una unión orgánica con Él; somos uno con Él orgánicamente. La palabra *conocer* hallada en este versículo conlleva el pensamiento de experimentarlo, disfrutarlo y poseerlo. Por lo tanto, le conocemos y estamos en Él y en Su Hijo Jesucristo. La nota 7 dice: “Estar en el verdadero Dios es estar en Su Hijo Jesucristo. Puesto que Jesucristo como Hijo de Dios es la misma corporificación de Dios (Col. 2:9), estar en Él es estar en el verdadero Dios. Esto indica que Jesucristo, el Hijo de Dios, es el verdadero Dios”. En

1 Juan 5:21 se nos insta a que nos guardemos de los ídolos. Esto significa que debemos guarnecernos contra los ataques de afuera, tales como los ataques de las herejías (nota 2).

*Cualquier cosa que hagamos
fuera del espíritu regenerado y que no exprese
en nuestro vivir al Señor Espíritu es un ídolo;
un ídolo es cualquier cosa dentro de nosotros que amamos
más que al Señor y que reemplaza al Señor en nuestra vida*

Cualquier cosa que hagamos fuera del espíritu regenerado y que no exprese en nuestro vivir al Señor Espíritu es un ídolo; un ídolo es cualquier cosa dentro de nosotros que amamos más que al Señor y que reemplaza al Señor en nuestra vida (cfr. Ez. 14:3). Toda nuestra vida cristiana es una vida en la cual aprendemos a vivir en el Señor. Pero si amamos algo más que al Señor o si existe algo del mundo que reemplace a Cristo, aquello constituye un ídolo. En Ezequiel 14:3 dice: “Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón y han establecido el tropiezo de su maldad delante de su rostro ¿Acaso he de ser yo en modo alguno consultado por ellos?”. No piensen que un ídolo es solamente un objeto que la gente adora y le rinde honor. Este versículo nos muestra claramente que cuando Dios habla de ídolos no solamente se refiere a los ídolos externos. El mayor problema radica en nuestro corazón. Si amamos a alguna persona o alguna cosa más que al Señor, aquello constituye un ídolo. Por lo tanto, debemos guardarnos de los ídolos. Que el Señor quite todo ídolo de nuestro corazón. Un ídolo es cualquier cosa que amemos o consideremos como un tesoro y que no sea Cristo, o cualquier cosa que sea utilizada para reemplazar al Señor en nuestra vida.

*Necesitamos huir para entrar a la presencia de Dios
en nuestro espíritu, a fin de ser guardados del maligno
y para guardarnos de los ídolos; debemos huir a nuestro espíritu
para tocar directamente a Dios y estar cara a cara con Él
a fin de que Su simiente crezca en nosotros*

Necesitamos huir para entrar a la presencia de Dios en nuestro espíritu, a fin de ser guardados del maligno y para guardarnos de los ídolos; debemos huir a nuestro espíritu para tocar directamente a Dios y estar cara a cara con Él a fin de que Su simiente crezca en nosotros (He. 6:18-20; Éx. 33:11a, 14; 2 Co. 2:10). Debemos huir a la presencia

de Dios todo el tiempo. Tenemos que huir a la presencia de Dios en nuestro espíritu a fin de ser guardados por Él. Que ésta sea una realidad divina para nosotros. Si percibimos que hay algo que esté reemplazando a Cristo, debemos huir a nuestro espíritu. Si percibimos que estamos amando algo más que a Dios, tenemos que huir a nuestro espíritu. Debemos huir continuamente a nuestro espíritu. Esto es lo que Dios quiere que hagamos.

**LA SEMILLA DE LA VIDA DIVINA, LA SIMIENTE DE DIOS,
QUE HA SIDO SEMBRADA EN NOSOTROS,
NECESITA CRECER EN NOSOTROS
PARA QUE CREZCAMOS CON EL CRECIMIENTO DE DIOS,
CON EL AUMENTO DE DIOS COMO VIDA
Y SEAMOS TRANSFORMADOS EN VIDA A FIN DE SER
MATERIALES PRECIOSOS PARA EL EDIFICIO DE DIOS EN VIDA**

La semilla de la vida divina, la simiente de Dios, que ha sido sembrada en nosotros necesita crecer en nosotros para que crezcamos con el crecimiento de Dios, con el aumento de Dios como vida, y seamos transformados en vida a fin de llegar a ser materiales preciosos para el edificio de Dios en vida (Col. 2:19; 1 Co. 3:6, 9, 12a). Toda simiente tiene un componente en particular, tiene sus respectivos genes. Las simientes no están vacías, pues contienen genes, los cuales están codificados de cierta manera. Nosotros también poseemos genes, y cada parte de nuestro ser está codificada en nuestros genes. Cuando crecemos, estos genes operan en nosotros, de modo que seamos transformados hasta tener cierta apariencia conforme a la codificación de nuestros genes. Todo lo que está codificado en un gen finalmente llega a ser lo que somos. Del mismo modo, el Señor Jesús no es solamente la simiente de vida, sino también el gen de vida que se encuentra dentro de nosotros, el cual contiene todo lo que Él quiere que lleguemos a ser. Él dirigirá nuestro desarrollo y crecimiento hasta que seamos Dios en vida y naturaleza mas no en la Deidad. Esto es lo que finalmente Dios quiere que lleguemos a ser.

En el momento de nuestra regeneración, la simiente divina, Cristo mismo como Espíritu vivificante, entra en nuestro espíritu. La simiente de Dios es el gen divino del elemento divino, que contiene la esencia divina de la vida y la naturaleza divinas. Los genes físicos están constituidos de ADN, que es el material de la herencia existente en toda célula viva. Los genes son responsables del código o instrucciones básicas para la producción de todas las proteínas, las cuales son elementos estructurales claves

para la función de toda cosa viviente. Los diferentes genes determinan las diferentes características o rasgos de un organismo. En términos más sencillos, un gen puede determinar el color de nuestros ojos, mientras que otro puede determinar que uno tenga cabello rizado, lacio o que sencillamente no tenga cabello. A veces los genes afectan características de manera indirecta. Por ejemplo, los genes afectan el tamaño y forma de la nariz, aunque no existan proteínas específicas para la forma y el tamaño de la nariz. Ya sea directa o indirectamente, la manera en que los genes determinan los rasgos personales es comunicándoles a las células cuáles son las proteínas que deben ser producidas, en qué cantidad, en qué momento y dónde deben ser producidas. La manera en que nos desarrollamos y crecemos a partir de una sola célula hasta lo que llegamos a ser, depende de nuestros genes, del medio ambiente y de la interacción entre ambos. Los genes hacen que nos desarrollemos hasta ser lo que somos mediante el proceso de crecimiento y transformación. El gen divino que está en nosotros es simplemente el Espíritu todo-inclusivo, el cual regula la expresión de los creyentes cada vez que ellos se vuelven a su espíritu. El desarrollo pleno del gen divino hará que los creyentes crezcan y sean transformados hasta ser hijos maduros de Dios, quienes hayan llegado a ser Dios en Su vida y naturaleza mas no en la Deidad.

Esta simiente de vida, que es el Señor Jesucristo como Espíritu vivificante, posee tal gen. Este gen es sencillamente Cristo mismo. Él mora en nosotros, se esfuerza por crecer en nosotros, y finalmente, nos transformará y edificará hasta que seamos una habitación para Dios. Él logrará Su objetivo final y consumado, el cual consiste en hacernos Dios en vida y naturaleza mas no en la Deidad.

Fui muy alentado al considerar los puntos del bosquejo de este mensaje. Dentro de mí hay una simiente y ella está creciendo en mí, me está transformando y se está desarrollando poco a poco. La vida y la naturaleza divinas están codificadas en este gen. Finalmente, este Cristo, este gen, esta simiente de vida, no habrá terminado lo que desea hacer conmigo hasta que yo haya llegado al punto de ser Dios en vida y naturaleza. Él es este gen, y lo que Él es, nosotros llegaremos a ser. Los organismos llegan a ser lo que los genes ordenan. Así que, lo que está en nuestro interior, es lo que llegaremos a ser. Lo que tenemos y somos es el resultado de este maravilloso y glorioso gen, la simiente de vida. Cuando entramos en nuestro espíritu, tocamos la simiente de vida. Debemos estar en nuestro espíritu todo el tiempo disfrutando esta simiente

de vida. Esta simiente de vida es simplemente el gen celestial que fue engendrado en nosotros y opera en nosotros todo el tiempo. Mientras nos abrimos a Él y tocamos esta simiente de vida, Él crece en nosotros. De una manera gradual, Él no sólo crece en nosotros, sino que también nos transforma y hace que tengamos la semejanza e imagen de Sí mismo.

En 1 Juan 3:2 se nos dice: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es”. Es a este punto al que Dios nos está conduciendo. No sabemos cuál será nuestra apariencia en aquel día, pero podemos tener plena certeza de una cosa: que seremos semejantes a Él. Lo seremos porque Él es el gen contenido en la simiente de vida que está operando en nosotros y llevándonos adelante hasta que seamos tal como Él es. ¡Alabado sea el Señor! ¿Tienen la certeza de que serán tal como Él es? Espero que todos podamos tener tal percepción y creencia gloriosas. Todo nuestro ser llegará a ser tal como Cristo. Llegaremos a ser Él en vida y naturaleza, la vida y naturaleza del Dios Triuno. Ése es nuestro destino y eso es lo que llegaremos a ser.

**Según la Biblia,
crecimiento equivale a edificación;
esto sucede por el crecimiento de Cristo
como la divina semilla de vida dentro de nosotros;
la manera en que crecemos está compuesta
de cuatro puntos principales**

*Debemos amar al Señor;
a fin de crecer, debemos ir al Señor
y orar de forma decisiva e intencional
para que nos conceda un amor por Él*

Según la Biblia crecimiento equivale a edificación; esto sucede por el crecimiento de Cristo como la divina semilla de vida dentro de nosotros; la manera como crecemos está compuesta de cuatro puntos principales (Ef. 4:15-16). Debemos amar al Señor; a fin de crecer, debemos ir al Señor y orar de forma decisiva e intencional para que nos conceda un amor por Él (1 Jn. 4:19; 2 Co. 5:14; Mt. 22:37; Jn. 14:23; 1 Co. 2:9).

Desde el momento en que usted fue salvo, ¿alguna vez ha orado al Señor para que Él lo lleve a amarlo a Él? Si no lo ha hecho, debe orar de

esta manera: “Señor, quiero amarte. Quiero ser alguien que guarda mucho amor por Ti”. El Señor reprendió a la iglesia en Éfeso por su degradación al haber dejado de amar al Señor con el primer amor (Ap. 2:4). Si no sentimos amor por nuestro Señor, a la postre no podremos disfrutar de la simiente de vida en plenitud. Así que, debemos amarle. Más aún, si hemos de crecer, debemos amarle. Debemos darle todo a Él. Es posible que nos consagremos al Señor y, aun así, no le amemos. Sin embargo, no es posible amar al Señor y no consagrarnos a Él. Si le amamos, Él será nuestro todo en todo. Que todos le amemos.

*Debemos tratar con el Señor de forma cabal
al confesar todos nuestros fracasos,
carencias, debilidades, inmundicias
y transgresiones a la luz de Su presencia,
a fin de tener una conciencia buena y pura*

Debemos tratar con el Señor de forma cabal al confesar todos nuestros fracasos, carencias, debilidades, inmundicias y transgresiones a la luz de Su presencia, a fin de tener una conciencia buena y pura (1 Jn. 1:7, 9; 1 Ti. 1:5; 2 Ti. 1:3; Hch. 24:16). Si queremos crecer, debemos tener una conciencia buena y pura. ¿Cómo obtenemos este tipo de conciencia? Por supuesto, el Espíritu está en nuestro espíritu, donde se halla la conciencia. Por lo tanto, si hemos de tener una conciencia buena y pura debemos tocar y disfrutar a este Espíritu. Para ello, necesitamos que la sangre nos limpie y que el Señor nos perdone todos nuestros pecados y transgresiones. Hermanos y hermanas, especialmente los que son nuevos entre nosotros, quisiera pedirles que durante este entrenamiento ustedes hagan una cosa. Hagan memoria de todas las cosas pecaminosas que hicieron, de todas las transgresiones que han cometido desde que fueron salvos, las que no han confesado, y escribanlas. Luego, hablen con el Señor con relación a cada una de estas cosas y reciban el lavamiento de Su sangre al confesar sus pecados y fracasos. Entonces, su conciencia llegará a estar tan buena y tan pura, y crecerán en vida. Es muy difícil crecer en la vida divina mientras se tenga una conciencia que siempre le acusa a uno por su vivir y sus hechos pecaminosos. Si confesamos nuestros pecados, el Señor es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda injusticia (1 Jn. 1:9). Recuerdo aquel tiempo en el que hice esto después de haber llegado al recobro del Señor. Estuve con el Señor durante varias horas y puedo testificar que después de estar con Él de esta manera, tuve más desnudo y fui más

emprendedor en las cosas del Señor. Que el Señor nos dé una conciencia apropiada a fin de que podamos crecer.

*Debemos aprender cómo discernir nuestro espíritu
y cómo ejercitar nuestro espíritu*

Debemos aprender cómo discernir nuestro espíritu y cómo ejercitar nuestro espíritu (He. 4:12; Ef. 3:16; 2 Ti. 1:6-7; Ro. 8:6). En 2 Timoteo 1:6-7 se nos dice: “Por esta causa te recuerdo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura”. Debemos ejercitar nuestro espíritu al grado en que hayamos avivado el fuego de nuestro espíritu. Ésta será la manera en que ejercitemos nuestro espíritu. Ejercitar nuestro espíritu es avivarlo hasta que éste arda. Invocar al Señor, estar en la Palabra de Dios y abrir nuestro ser a Dios, son maneras en que podemos avivar el fuego de nuestro espíritu. Puede ser que estemos muertos y derribados, pero una vez que empecemos a invocar Su nombre, a tener contacto con la Palabra, a asistir a las reuniones, a tener comunión con los santos y a contactar al Señor mediante el ejercicio de nuestro espíritu, creceremos. Necesitamos tener un espíritu ferviente, un espíritu ejercitado. En 1 Timoteo 4:7 se nos exhorta a ejercitarnos para la piedad, es decir, a ejercitar nuestro espíritu. Debemos ejercitar nuestro espíritu a fin de contactar al Señor y disfrutarle.

*Siempre debemos estar en contacto con el Señor,
permaneciendo en contacto con Él*

Siempre debemos estar en contacto con el Señor, permaneciendo en contacto con Él (1 Jn. 1:3). Debemos ejercitarnos en contactar al Señor todo el tiempo y disfrutarle a Él donde quiera que estemos.

*Después de que la simiente divina
haya sido sembrada en nuestro espíritu,
necesita crecer en el suelo de nuestro corazón,
y este crecimiento necesita nuestra cooperación*

Después de ser sembrada en nuestro espíritu, la simiente divina necesita crecer en el suelo de nuestro corazón y este crecimiento necesita nuestra cooperación (Mt. 13:3-9, 19-23). En Mateo 13:3-9, donde el Señor se presenta a Sí mismo como el Sembrador, quien se siembra a Sí mismo en humanidad, Él nos muestra cuatro clases de corazones.

Mateo 13:4 dice: “Mientras sembraba, unas semillas cayeron junto al camino; y vinieron las aves y se las comieron”. La frase *junto al camino* se refiere a un lugar que está cerca al camino, a un suelo que está endurecido por el tráfico del camino, por lo cual, es difícil que las semillas lo penetren. Lo que está junto al camino se refiere a un corazón que está endurecido por el tráfico mundano y que es incapaz de abrirse para entender o comprender la palabra del reino. Ésta podría ser nuestra condición. Toda actividad, todo asunto, en que nos involucramos pero que no es Cristo, compacta el suelo en nuestros corazones. Puede tratarse de un vivir que es maligno; puede ser nuestra participación en los deportes, en la música, en el Internet o en muchas otras cosas. Todo ello llega a ser el tráfico que endurece nuestro corazón. Debido a que este tráfico opera todo el tiempo en nosotros, no crecemos. Pero si este tráfico puede ser detenido y si el suelo es nuevamente cultivado, empezaremos a amar al Señor y a ser uno con Él.

Existe otro tipo de corazón, aquel en el cual la simiente empieza a brotar inmediatamente de una manera maravillosa, pero por debajo de la superficie hay toda clase de piedras. Estas piedras representan los deseos ocultos que tenemos, todas aquellas cosas que nos distraen de Cristo de una manera oculta. Debemos preguntarnos acerca de esto. ¿Qué diríamos acerca de nuestros deseos escondidos? ¿Y de nuestras intenciones ocultas? ¿Están ellos invadiendo nuestro corazón? Debemos excavar y deshacernos de estas piedras.

El tercer tipo de corazón es uno en el que la simiente cae entre espinos. Los espinos representan las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas, los cuales ahogan completamente la palabra, impidiéndole que crezca en el corazón y haciéndola infructuosa. Que el Señor nos libre de ser suelo de esta índole negativa.

*Para que Cristo crezca como la simiente de vida en nosotros,
debemos tratar con el Señor diariamente,
a fin de ser pobres en espíritu,
es decir, vaciados en nuestro espíritu
reconociendo que no tenemos nada, no sabemos nada,
no podemos hacer nada y no somos nada
aparte de Cristo que es el Espíritu,
el Cristo que es nuevo, actual y “ahora”*

Para que Cristo crezca como la simiente de vida en nosotros, debemos tratar con el Señor diariamente, a fin de ser pobres en espíritu, es

decir, vaciados en nuestro espíritu, reconociendo que no tenemos nada, no sabemos nada, no podemos hacer nada y no somos nada aparte de Cristo que es el Espíritu, el Cristo que es nuevo, actual y “ahora” (5:3). Ser pobres en espíritu no es lo mismo que tener un espíritu pobre. Ningún creyente debiera tener un espíritu pobre. No obstante, si hemos de disfrutar a este Dios y si Él ha de echar raíces y crecer en nosotros, debemos ser pobres en espíritu. Eso significa que en todo lo que tiene que ver con Dios debemos ser sencillos, estar abiertos y ser personas que pueden recibir todas las cosas genuinas. Somos pobres, estamos vacíos, no estamos llenos, y no hemos sido conquistados por ninguna cosa en nuestro espíritu. Sencillamente somos pobres en espíritu: tenemos un solo propósito, somos simples, siempre buscamos más del Señor Jesús y le disfrutamos.

*Para que Cristo crezca en nosotros como la simiente de vida,
debemos tratar con el Señor diariamente
a fin de ser puros de corazón,
guardando nuestro corazón con toda vigilancia;
Dios desea que nuestro corazón sea
tierno, puro, amoroso y que esté en paz,
a fin de que Él pueda tener una vía libre para crecer en nosotros*

Para que Cristo crezca en nosotros como la simiente de vida, debemos tratar con el Señor diariamente a fin de ser puros de corazón, guardando nuestro corazón con toda vigilancia; Dios desea que nuestro corazón sea tierno, puro, amoroso y esté en paz, a fin de que Él pueda tener una vía libre para crecer en nosotros (v. 8; Pr. 4:23; Mt. 13:19-23). No sólo debemos ser pobres en espíritu, sino también puros de corazón.

*Para que Cristo crezca en nosotros como la simiente de vida,
debemos beber de la leche no adulterada y comer del alimento
sólido de la Palabra de Dios*

Para que Cristo crezca en nosotros como la simiente de vida, debemos beber de la leche no adulterada y comer del alimento sólido de la Palabra de Dios (1 P. 2:2; He. 5:12-14).

*Para que Cristo crezca en nosotros como la simiente de vida,
es necesario que disfrutemos el regar del Espíritu
dado por los miembros dotados del Cuerpo*

Para que Cristo crezca en nosotros como la simiente de vida, es

necesario que disfrutemos el regar del Espíritu dado por los miembros dotados del Cuerpo (1 Co. 3:6, 9).

*Cuando Cristo como simiente de vida crezca en nosotros
y haga Su hogar por completo en nuestros corazones,
seremos llenos hasta toda la plenitud de Dios:
el Cuerpo de Cristo que es la expresión corporativa
del Dios Triuno*

Cuando Cristo como simiente de vida crezca en nosotros y haga Su hogar por completo en nuestros corazones, seremos llenos hasta toda la plenitud de Dios: el Cuerpo de Cristo que es la expresión corporativa del Dios Triuno (Ef. 3:17, 19b).

Quisiera darles algunos de los ejemplos que el hermano Lee nos dio en cuanto al crecimiento que resulta de profundizar en la Palabra. Estos ejemplos muestran el poder de la palabra. Él contó la historia de un hombre de la China continental, quien era muy patriota y había entregado su vida al gobierno a tal grado que odiaba todo lo relacionado con Dios. Un día, él fue a un templo budista donde, por alguna razón, alguien había dejado una Biblia. La desempolvó, luego abrió en el libro de Salmos, y empezó a leer. Mientras leía la Palabra, se decía a sí mismo: “¿Es ésta la Biblia que tienen los cristianos? ¿aquella en la cual ellos creen?”. A medida que leía, Dios empezó a reargüirlo interiormente. Después de poco tiempo, él empezó a arrepentirse y a confesar sus pecados, aun al punto de rodar por el piso, y de ese modo fue salvo por Dios. Este hombre llegó a ser un creyente que predicaba mucho el evangelio y, con el tiempo, llegó a ser un colaborador entre las iglesias locales. ¿De qué manera fue salvo? Simplemente leyendo la Palabra de Dios. ¿De qué manera estamos siendo salvos nosotros? ¿Cómo vamos a crecer? Debemos recibir la palabra de Dios. Debemos ingerir la leche de la palabra, dada sin engaño, la cual es para los niños recién nacidos (1 P. 2:2), y también el alimento sólido, el cual es para los que han alcanzado madurez (He. 5:14).

También somos regados por aquellos que con denuedo hablan la palabra. Cada día del Señor los santos profetizan. Ésta es la manera en que somos regados. Estos hermanos se ponen de pie y cuando abren la Palabra son como regaderas rotatorias, que nos echan agua. Por lo tanto, necesitamos ser regados por los miembros dotados, quienes pueden proclamar la palabra, y también necesitamos ser regados por los santos que hablan Cristo. Esto nos ayudará a crecer.

El hermano Lee contó otra historia, acerca de un hombre de Sudamérica que anteriormente había sido caníbal. Este hombre estaba sentado, leyendo su Biblia, cuando vino alguien a criticarlo y difamarlo diciendo: “¿Tú eres cristiano y lees la Biblia!”. Entonces, el hombre que había sido caníbal le respondió: “Señor, si esta Biblia no hubiera entrado en mí, ya hace rato que usted estaría en mi estómago”. Estos dos sencillos ejemplos nos muestran todo lo que la palabra de Dios puede hacer en nosotros. Hará que la simiente divina crezca en el suelo de nuestro corazón. Todo lo que haya en nuestros corazones será excavado y lo que quede será Cristo.

Antes de concluir este mensaje, quisiera mostrarles algo que espero que vaya a suceder en el recobro en los días venideros. Aquí en California, al lado oriente, cerca de la frontera con Arizona, se encuentra un vasto desierto. No hay nada más que un desierto con poquísima vegetación. Quisiera mostrarles una foto de este desierto. En ella ustedes pueden ver la condición árida de la tierra. Al fondo en la distancia se ven las montañas y, aparte de ello, lo único que uno puede ver es arena y tierra seca, agrietada. Sólo una cosa puede resolver este problema: se necesita que llueva, que caiga agua. En enero, hace más de un año, recibimos una buena cantidad de lluvia en California y cuando ésta vino, en esta tierra muerta y desértica empezaron a brotar flores. Dicen que en esta región desértica hay aproximadamente doscientas mil semillas por cada yarda cúbica de tierra. Sin embargo, estos centenares de miles de semillas no pueden crecer sin agua.

Cuando los arqueólogos abrieron por primera vez una de las pirámides de Egipto, hallaron algunos granos de trigo que se habían estado allí durante más de cuatro mil años. Cuando plantaron algunos de estos granos, crecieron, aun después de cuatro mil años. Estas semillas echaron raíces y crecieron. Éste es un cuadro de la vida indestructible, de la divina simiente de vida que está en nosotros. Mientras reguemos esta simiente, a medida que crezcamos en el Señor y a medida que maduremos en la vida divina, algo de Cristo crecerá en nosotros.

Ahora quisiera mostrarles otra foto. Ésta es una foto de ese mes de enero en el que hubo tanta lluvia. Es la misma región desértica que les mostré en la primera foto. Pueden ver allí las mismas montañas en la distancia, pero ahora toda la región se encuentra cubierta de hermosas flores. Ésta es la tierra que tenía centenares de miles de semillas por cada yarda cúbica. Ciertamente esas semillas eran simientes de vida y

por eso, con toda la lluvia que cayó, todas ellas crecieron y todo el desierto se convirtió en un jardín de flores.

Creo sin duda que éste es un cuadro de lo que será el recobro del Señor. Miren todas esas flores. Crecieron espontáneamente gracias al agua que cayó en la tierra, lo cual la convirtió en una tierra útil. Ahora estamos aquí; el Señor ha sembrado la simiente de vida en cada uno de nosotros, y esta simiente de vida contiene un gen maravilloso y divino. Estamos creciendo cada vez más, y seguiremos creciendo hasta alcanzar la plena madurez, la misma madurez de Cristo. Entonces, seremos Dios en vida y naturaleza. Tenemos que creer esto. Esta simiente divina es maravillosa, indestructible y está repleta de la vida divina. Espero que todos disfrutemos esta simiente divina.—B. P.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LAS EPÍSTOLAS DE JUAN

La luz divina, la verdad divina y la realidad divina (Mensaje 6)

Lectura bíblica: 1 Jn. 1:5-7; 5:6; 2 Jn. 1-2, 4; 3 Jn. 1, 3-4, 8

- I. La luz divina es la naturaleza de la expresión de Dios, resplandece en la luz divina y es la fuente de la verdad divina—1 Jn. 1:5-6; Jn. 1:4; 8:12:
 - A. La luz es el resplandor de Dios, la expresión de Dios; cuando Dios se expresa, la naturaleza de dicha expresión es luz—1 Jn. 1:5:
 1. Andar en la luz divina es vivir, actuar, comportarse y tener todo nuestro ser en la luz divina, la cual es Dios mismo—v. 7.
 2. El resplandor de la luz divina hace que las cosas viejas sean hechas nuevas—2:7-8.
 3. Si estamos bajo la impartición divina, participaremos en la naturaleza de Dios, la cual es luz, y estaremos constituidos con este elemento de Su naturaleza—1:5; 2 Co. 4:6.
 - B. La luz divina resplandece en la vida divina—Jn. 1:4; 8:12:
 1. Un gran principio en la Biblia es que la luz y la vida siempre van juntas—Sal. 36:9.
 2. Donde está la luz, está la vida, y donde está la vida, allí también está la luz—Jn. 1:4.
 - C. La luz divina es la fuente de la verdad divina—vs. 5, 9; 18:37:
 1. Cuando la luz divina resplandece sobre nosotros, se convierte en la verdad, la cual es la realidad divina—8:12, 32.
 2. Cuando la luz divina resplandece, las cosas divinas llegan a ser reales para nosotros.
 3. Debido a que la luz es la fuente de la verdad, y la verdad es el fruto de la luz, cuando andamos en la luz, practicamos la verdad—1 Jn. 1:6-7.
 - D. La luz divina, la cual resplandece en la vida divina y da origen a